

FE-CIENCIA

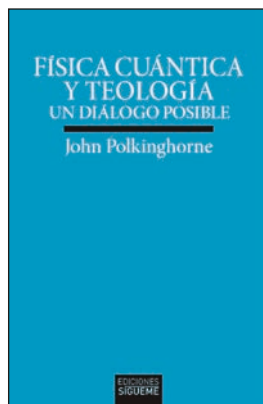
Este libro constituye un imaginario escaparate de cómo habrían de convivir dos dimensiones esenciales en la vida de su autor

Doble rigor y buen hacer

John Polkinghorne fue, al mismo tiempo, físico teórico y sacerdote anglicano. No solo en el sentido de que ejerciera ambos roles de forma simultánea, sino como hecho constitutivo de su vida que, en lo que nos concierne, resulta de suma importancia en la presente obra. El libro que aquí nos ocupa permite asomarse a la intimidad intelectual del autor y, en cierto modo, funciona como un imaginario escaparate de cómo habrían de convivir ambas dimensiones en la vida cotidiana de Polkinghorne. Ciencia y desarrollo teológico dialogando de tú a tú, en igualdad de condiciones y sin combate dialéctico, favoritismos predefinidos ni balanza que hubiera de ser equilibrada hacia uno u otro lado.

La introducción a cargo del editor y traductor del texto (**Alberto de Mingo**) proporciona un desarrollo histórico de las ciencias físicas que coloca en el punto de partida desde el que cede el testigo al autor. En esas primeras páginas se nos presenta un origen filosófico del estudio de los fenómenos físicos que contrasta con la actual visión mercantilista del progreso científico.

Después, desde el mismo instante en que Polkinghorne comienza su argumentación, enseguida tomamos conciencia de la viga maestra de todo el planteamiento: “La realidad resulta ser mucho más extraña de lo que habríamos podido pensar” y las expectativas del sentido común no alcanzan para dar explicación ni medida a todas las cosas. No me parece desacertado concluir que tal afirmación recoge lo nuclear de esta obra porque, terminado el prefacio, dedica tres capítulos completos a presentar aspectos de la física y de la teología que, precisamente por



FÍSICA CUÁNTICA Y TEOLOGÍA

Un diálogo posible

John Polkinghorne

Ediciones Sígueme

Salamanca, 2025 · 144 pp.

divergir y escapar al sentido común, se mueven en marcos cognoscitivos más bien difusos, donde no todo es blanco o negro y donde las líneas que delimitan lo que es una cosa u otra no quedan excesivamente claras.

Doy por hecho que el título de este breve ensayo puede resultar ciertamente imponente si la persona no está muy versada en las ciencias naturales. La así llamada “Física Cuántica” suena a poco menos que magia más allá de los círculos académicos especializados.

Sin embargo, aunque el texto aborda cuestiones de elevada complejidad, no resulta tan determinante el conocimiento último del saber físico ni tampoco supone obstáculo alguno leer palabras que no se comprenden. No se percibe en Polkinghorne una voluntad de ofrecer clases magistrales sobre física teórica. Lo que resulta relevante del mensaje se encuentra más bien alrededor de los conceptos, tanto lo que tiene que ver con su desarrollo a lo largo del tiempo como también con las incertidumbres derivadas de ellos.

Y lo mismo ocurre con la teología aquí expuesta. Al acabar la lectura

con las últimas palabras (“Teología Trinitaria”, por cierto), quien cierre el libro no podrá esperar haber alcanzado un conocimiento teológico digno de las grandes voces de la Iglesia, como **Agustín, Pablo** o **Juan**, a quienes el autor menciona.

Analogías

Es entonces cuando emerge la especial relevancia del subtítulo del texto: *Un diálogo posible*. Capítulo a capítulo, Polkinghorne describe primero un hecho relacionado con la física y, a continuación, hace lo propio con algo del campo teológico. Lo ilustran muy bien las analogías del cuarto capítulo. La física, de forma general, se vale de modelos para tratar de dar cuenta de datos experimentales. Por ejemplo, **Albert Einstein** hizo una descripción de la luz que permitió entender su comportamiento como una partícula. A eso se le llamó efecto fotoeléctrico y Einstein recibió el Premio Nobel por su desarrollo teórico. Sin embargo, la descripción de Einstein no podía explicar que la luz, en otras circunstancias, se comportase como una onda. El argumento de Polkinghorne es que los modelos son útiles para obtener un cierto grado de comprensión, pero no pueden aguantar durante mucho tiempo ante hechos y datos contradictorios entre sí.

Cuando da el paso hacia la teología, el autor lo compara con el desarrollo de una cristología ascendente, desde el **Jesús** terreno hacia la dimensión divina, y de una cristología descendente que nace en la convicción joánica de que la Palabra se hizo carne.

El discurso avanza y Polkinghorne plantea que tanto la física como la teología han necesitado ir más allá de su lenguaje y sus ideas iniciales.

No es que este sacerdote anglicano, fallecido en 2021, ofrezca un método concreto, definido y cerrado, para establecer un diálogo entre ciencia y fe, pero sin duda su modo de plantear ambos terrenos al mismo nivel es un ejemplo exquisito de cómo hacerlo sin faltar un ápice al rigor científico y al buen hacer teológico.

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ